



JULIO CORTÁZAR

BS. AS. (1914) - París (1984)

Julio Cortázar es uno de los grandes escritores en lengua castellana del siglo XX. Gran parte de su vida la pasa en Francia, hecho que condiciona su manera de escribir y sus influencias. Sin embargo, ello no lo exime de prestar atención al contexto literario y político de Hispanoamérica.

CONTEXTO HISTÓRICO

- **Años 20.** Auge de la literatura gauchesca
- **Años 30.** Década infame. Gobiernos de FFAA
- **Años 40.** La GOU da un golpe de estado
- **1945.** Perón asume la presidencia.
- **1951.** Cortázar se exilia en Francia. No vuelve.
- **Años 60.** Participa en el “boom” latinoamericano.
- **Años 70.** Dictadura cívico-militar en Argentina

ESTILO

El estilo de Cortázar **se caracteriza por jugar constantemente con el lenguaje**. Lo tuerce y lo retuerce de tal manera que queda dado vuelta en cada cuento y poema. Se puede ver esa torsión tanto en el lenguaje (por escrito gallina una) como en el contenido (la continuidad de los parques).

IMPORTANCIA

Julio Cortázar se mantiene fiel en su línea de lo real maravilloso, pero indaga en el lenguaje y consigue jugar con él. Inova en la sintaxis y en el léxico, así como en adaptar un estilo oral a la escritura.

Fue relevante a nivel internacional por ser uno de los cuatro autores del “**boom**” **latinoamericano**, promovido por Carmen Balcells

OBRA

Cortázar es un escritor de cuentos, como la mayoría de autores y autoras de Iberoamérica, pero también cuenta con una novela titulada **Rayuela** y publicada en 1963. La peculiaridad de esta novela es que está desordenada.

Sin embargo, nos interesan sus cuentos porque es donde despliega su verdadero potencial: el lenguaje.

- **Final del juego** (1955)
- **Historias de cronopios, famas y esperanzas** (1962)
- **La vuelta al día en ochenta mundos** (1967)

MOVIMIENTO LITERARIO

Como todos los autores que trataremos, Julio Cortázar puede considerarse dentro del **realismo mágico**. Sus historias no rebosan magia ni invenciones, sino que se permite estirar la realidad como si fuera un chicle.

Texto 2

La continuidad de los parques

Julio Cortázar
(Argentina, 1914)

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos.

Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.